

EL BALUARTE

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750 Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Núm. 161

Sevilla—Sábado 18 de Julio de 1903

AÑO XXVII

Pleito entre conservadores

Parece cosa descontada el planteamiento de la crisis por el lado del ministerio de la Gobernación, quien, indudablemente, ha conquistado todos los terrenos en que puede desenvolverse en España la política doctrinaria, con el apoyo decidido de las asociaciones religiosas y de todos los elementos ultramontanos del país. Tiene esta tendencia el mérito de haberse desembarazado en la persona de su jefe y haber desafiado cara á cara y frente á frente á todos los elementos de la democracia, sin tropos ni atenuaciones de ningún género.

Por esto el Sr. Maura, bien convencido de su fuerza y contando con el entusiasta apoyo de las mayorías parlamentarias, quiere abandonar el ministerio á tambor batiente, seguro de que si esto puede tirar unos meses más, ha de volver de los escaños rojos á la cabecera del banco ministerial con todos los honores del triunfo. Nosotros, testigos veraces é imparciales, presenciales de los hechos que se desarrollan, y apreciando sin apasionamientos el problema político planteado, preferimos esa tendencia franca, arrogante, provocadora, que representa al desnudo, sin galas ni oropeles, que la otra, embozada tras de una política de intereses materiales y de transacciones hipócritas que pretenden representar los Silvela, los Villaverde y los Gasset.

Las medias tintas ya no caben en la política española, como no caben tampoco las mixtificaciones de la libertad.

Eso de la formación del partido católico, con sus comités presididos por obispos y curas, y con sus juntas de asesores dentro de los claustros frailes y de las residencias jesuíticas, nos encanta, y verdaderamente nos seduce la idea de que aquí no se pueda hacer nada sin la competente autorización del ordinario, ni acreditar ningún acto ni relación de derecho en la vida civil, sin que represente como requisito previo, indispensable, la presentación de la cédula de comunión, legalmente certificada, para su autenticidad. Así sabremos á qué atenernos, y no quedará duda á nadie del pecado ni de la infracción de las leyes y cánones de la potestad suprema, representada por la Iglesia y sus ministros, seculares y regulares. Esto es preferible cien veces á los que, como Silvela, Villaverde y Compañía, que hacen carantoñas á la libertad, en tanto dirigen guiños de inteligencia al clericalismo para que siga apretando los tornillos, acaparando bienes terrenales, é influyendo decisivamente en el hogar doméstico y en la escuela. Los tiempos no están para una de cal y otra de arena, mezcla de substancias en que siempre el fuerte predomina y se impone, y el débil pueblo paga las consecuencias.

Preferimos el clericalismo con todos sus horrores, al jesuitismo hipócrita y disimulado de los que, escudándose tras de una constitución deficiente, ayudan á Roma y á los vaticanistas contra la soberanía de la Nación y contra la facultad del Estado.

El pleito pendiente entre los dos factores de la conjunción gobernante, aunque jaleado por ciertos elementos liberales de similar, más atentos á sus particulares ambiciones que al interés público y á las conveniencias nacionales, se ha de resolver entre los que al fin y al cabo representan siquiera el pasado, no los que proclaman una transacción que pronuncian sus labios, pero que no siente su corazón.

Bien venido sea el partido ultramontano con toda su cohorte de frailes, curas y esbirros del Santo Oficio, porque nos da á conocer el número y la calidad del ene-

migo. Por esto queremos que triunfe Maura y que se imponga para darle la batalla, y que los fariseos del silvelismo, con sus hipocresías hidráulicas y pantanescas y sus desplantes de fermento liberalismo y de hipócritas y aparentes respetos al derecho de los pueblos y á la soberanía de la Nación, que en sus intensidades suelen maldecir.

El enemigo franco y á cara descubierta. Así le queremos nosotros.

A. A.

Nota del día

EL MENSAJE

Vago, frío, incongruente, con la rampón vulgaridad de una epístola de familia, con la pesadez inaguantable de los ditirambos majestáticos y de los lugares comunes, el llamado Mensaje de la Corona no ha despertado la esperanza del mañana, ni la fe en el porvenir, ni la confianza en el régimen, ni el calor siquiera para la lucha empeñada en el terreno de los ideales.

Pasó el Mensaje y su contestación como tantos otros documentos de esa índole, en anteriores y deshonradas Cortes, llevando el sello de lo anodino, rutinario y arcaico.

El cumplimiento de esa cortesía con que se saludan los parlamentos dinásticos y el poder moderador, sólo ha dejado como huella transcendente, á manera de estela luminosa que ha caldeado hasta subir al rojo fuego todos los corazones, la protesta viva, enérgica y grandilocuente, de Salmerón.

Protesta soberana, porque el jefe de los republicanos españoles era el eco de toda la nación, de todo un pueblo, de ese pueblo que encarna en un caudillo ilustre sus dictados severos de juez.

Del único pueblo verdad, de la única opinión legítima para reclamar su indiscutible derecho á que se la atiende y respete; de esa opinión que no representan las mayorías mauristas, engendro de los caciques y de los patronos, culpables y responsables de los desastres nacionales.

Ayer se hizo la luz entre las tinieblas de ese Parlamento cuajado de sayones y de jesuitas de ropa corta.

Ayer, sobre las furias chacaescas de la mesnada conservadora, resonó en el seno de las Cortes, para vivificarlas y purificarlas, el grito de ¡Viva la República!, lanzado con amor, con apasionamiento de creyente, por los representantes de los elementos más genuinamente patriotas: los diputados republicanos.

Y se votó el Mensaje. Ciento ochenta y tres votos acusaron recibo de fervor dinástico.

En tanto, miles de ciudadanos, rodeando el edificio del Congreso, aguardaban la salida del gran apóstol para decirle:—Salmerón, España está con usted.

J. MARCIAL DORADO.

Murmuraciones

El jefe de los republicanos españoles ha hablado en el Congreso, tomando pie del Mensaje, pero, en realidad, diciendo todo aquello que era necesario que dijera.

Entre las cosas que ha dicho fué... que el gobierno de los Estados Unidos dirigió un telegrama al almirante de la escuadra americana, excitándole para que activara la rendición de Santiago de Cuba, en donde se haría un simulacro de batalla, y se matarían unos cuantos españoles de verdad y por sport, concertándose enseguida la paz, porque así estaba convenido con el Gobierno de España y con el grandísimo patriota que se llamó Sagasta, y que yace hoy en Atocha, como hombre benemérito...

—Esas son voces que han hecho correr los yankis—dijo Silvela.—Y la prueba está en que el héroe de Santiago de Cuba, por la parte de tierra, está en el banco azul; y el héroe por la parte de mar anda recogiendo palmas y tabacos por las ciudades de la península.

El Sr. Villaverde, como presidente de las Cortes españolas, ha estado oportunísimo, y ha demostrado, desde el alto sitial al que le han llevado los votos de los luises, que tiene cualidades envidiables para ejercer de arriero.

Como hablara el Sr. Salmerón del trono de España, interrumpiéndole diciéndole que no removiera los muebles viejos, á cuya interrupción contestó el jefe de la minoría republicana que él sabía que los muebles todavía no se habían declarado inviolables.

Hubo el Sr. Salmerón de ocuparse en los actos de la regencia de D.^a María Cristina, esa funesta época para la historia de España, y el Sr. Villaverde le dijo:

—¡Ojo, Sr. Salmerón!... No se ocupe en eso... No conviene mentar la sogá en la casa del ahorcado.

Y entre escándalos, puñetazos y vivas á la República por la izquierda, y vivas al Presupuesto por la derecha, se acabó la sesión, votándose el Mensaje, en el que los diputados por Sevilla dijeron sí con la mayor elocuencia.

—Y ahora, ¿qué pasa?

Pues... que se cierran las Cortes, y que los luises de la mayoría se van hacia su casa á darles cuenta á sus mamás respectivas de que el Corazón de Jesús y el mauser de Silvela no han sufrido detrimento.

—Y después, ¿qué va á pasar?

Eso es lo que está por ver.

Por lo pronto, ¡la crisis!

En el pasado día de San Buenaventura se solazaron en Sevilla los frailes que llevan este nombre.

Tengo que advertir á mis lectores que los frailes de San Buenaventura son de la orden de mendicantes, y que tienen hecho voto de pobreza, aunque vean ustedes que viven en su casa-palacio de la calle Albareda, adosada á la iglesia del nombre de la orden.

Pues bien; ese día, el día de San Buenaventura, los señores frailes susodichos, con D. Virtuoso á la cabeza, almorzaronse, en honor de la pobreza de San Buenaventura, el siguiente

MENÚ

Entremeses variados.
Consomme al Jerez.
Langosta á la Mayonesa.
Jamón á la Jardinería.
Pastelitos de carne.
Gallinas en pepitoria.
Jamón en dulce.
Pollos asados.
Frutas y Dulces.
Café y Licores.
Habanos.
Vinos: Jerez y Rioja.

Y no se comieron á San Buenaventura porque San Buenaventura hace tiempo que murió para que, á su sombra, todos estos vagos é hipócritas pudieran llenarse la barriga de buitre.

Aquí debiera yo dejarle la palabra á la tunanta que me ha proporcionado el *Menú* que queda transcrito, pero sus frases incisivas y desvergonzadas, y además su conocido apasionamiento, me lo impiden.

Lo que, después del almuerzo, sucedió no es para contado.

Los hábitos arremangados, los cantares místicos y obscenos, las correrías por los salones, la mayor licencia... ¿Qué tal sería que las visitas han jurado no volver más, aunque se lo paguen á peso de oro?

La que me ha dado todos estos pormenores fué parte actora, y por eso no me fio de sus palabras.

Entre ella y los frailes de San Buenaventura, me quedo sin los dos.

Viudas recalcitrantes que sostenéis á mesa y mantel á esos santos varones, ¡ya sabéis á los ejercicios y mortificaciones á que se entregan!

Los vecinos de la calle Albareda tienen la palabra.

Luis dieciséis y María Antonieta fueron los más grandes propagandistas de la patata.

Y ya sabéis lo que les sucedió á María Antonieta y á Luis dieciséis.

¿Sabéis si en Palacio gustan las patatas?

Y fué tan ferviente y sincera la admiración de aquel rey de Francia por el inventor (llamémosle así) de dicho tubérculo, que no sólo lució la flor de la patata en el ojal de su casaca de rey, delante de la Corte, sino que permitió á Parmentier—creo que se llamaba así el cultivador—darle un beso á María Antonieta en la mejilla.

—¡Todo sea por la patata!—dicen que dijo María Antonieta ruborizándose.

Ayer dijo Salmerón, perorando en el Congreso, que los frailes son muy brutos, muy holgazanes é ineptos... ¡Qué coincidencia extraña se observa aquí, caballeros, en ese juicio extraño! ¡Todos pensamos lo mesmo!

D. Alfredo Calderón, el mejor escritor entre los escritores, ocupándose en la próxima muerte del papa, lo mata con anticipación, y, como es consiguiente, lo lleva á la Corte Celestial y lo somete á un interrogatorio del Padre de todo lo creado, metiendo entre lo creado á Villaverde y Maura, aunque parezca mentira.

Y, después de preguntarle, con la sabiduría que es consiguiente en el que supo hacer este mundo tan bueno, en donde unos tienen para jamón y coche, y otros no tienen ni coche ni jamón, le arguye diciéndole:

—Sin duda; pero en ti el hombre político se ha sobrepuesto al religioso. Tus virtudes han sido negativas, de mera abstención, no positivas y eficaces. Has distado mucho de ser un santo. Fuiste ante todo un intelectual. Buen rimador, nunca has comprometido la poesía de la religión. Los éxtasis del iluminado, los delirios del místico repugnaban á la sequedad de tu espíritu. En ese defecto tuyo radica una buena parte del secreto de tus éxitos. Fuiste el Papa modelo en un tiempo en que la religión ha degenerado en negocio. Fuiste un burgués honesto sentado en la silla de San Pedro. Nada ha habido en ti que recordara al asceta ni al mártir. Tus virtudes fueron la prudencia, la templanza, la previsión, la continencia, pero no el entusiasmo, la abnegación, el sacrificio. Has sido más grande por tus ideas que por tus acciones. Llevaste una vida cómoda, tranquila y frugal, no turbada por anhelos sublimes ni por ansias de eternidad. Así has llegado, sin prisa alguna por dejar el mundo, á la más extrema vejez. Tu fé careció de fervor; tus palabras de unción. Tu caridad no se ha mostrado en obras. Codicioso y avariento, has acumulado, aseguran, una gran suma, una suma enorme.

Dios, como ven ustedes, ¡habla como Dios!

Y le contesta León trece:

—Enorme, no. Mi fortuna particular, de que he dispuesto en mi testamento, se eleva á veinte millones de liras.

Si yo hubiera sido Dios, le hubiera contestado incontinenti:

—¿Que no es enorme, grandísimo santo? ¿Pues á qué le llamas tú, entonces, una fortuna?

Pero Dios, como es tan bueno, y Alfredo Calderón, como es también tan bueno como Dios, le contesta esto:

—¡Veinte millones! ¿Oiste hablar alguna vez del testamento de Cristo? ¿Conoces el inventario de la fortuna particular de San Pedro? ¿Recuerdas á muchos santos que hayan sido millonarios? ¿Puedes citar los textos del Evangelio en que se recomiende atesorar grandes caudales? ¡Veinte millones! ¡El vicario de Jesucristo, el sucesor de Pedro, el siervo de los siervos de Dios, ha poseído veinte millones! Y mientras reunías ese dinero, ¿no llegaban á tus oídos los lamentos del desvalido, el gemido de la viuda, la queja del huérfano, el suspiro del enfermo, la blasfemia del desesperado? ¿Es así como mostrabas tu solicitud por los menesterosos? ¿Es ese el ejemplo de caridad que has ofrecido al mundo? ¿Ignoras que tanto se peca por omisión como por comisión, y que en el tribunal de la justicia eterna figurarán como testigos contra tí todos los desgraciados cuya miseria has dejado de remediar, pudiendo haberla remediado?

Por lo que se ve, después de esta filípica incontrovertible, es imposible que León trece se quede en la Gloria.

¡A ese nos lo encontraremos en el Infierno cuando nosotros vayamos por allá!

El Noticiero de hoy publica la noticia que estampo a continuación:

"El conde de Buena Esperanza visitó anoche a la vicepresidenta en Sevilla del real patronato para la represión de la *trata de blancas*, señora condesa viuda de Casa Galindo, con objeto de cambiar impresiones y ponerse de acuerdo para la mejor prosecución de los fines que tan humanitaria institución persigue."

Lo primero que ha debido decirle la señora Condesa de Casa Galindo es lo siguiente:

—Señor Gobernador: Si usted demuestra tanto interés por esas desgraciadas mujeres, ¿por qué no modifica la Sección de Higiene? ¿Por qué no da orden para que las traten con más caridad, dado el trabajo que les cuesta a las infelices ganar para comer? O usted es un diablo predicador, o trata de burlarse de mí.

—¿Cuántas comedias se hacen en esta vida miserable!...

CARRASQUILLA.

Sr. Director de la Revista Interplanetaria EN LA LUNA.

175

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

LAS RELIGIONES.—EL BUDDISMO (1.º)

Como todo envejece en el planeta que habitamos, sin que se excluyan de la regla general las doctrinas religiosas, por más que se estimen a sí mismas dictadas por el único y verdadero Dios, envejeció el *Bramismo*, y de su carcomido tronco brotó el *Buddismo*.

Y brotó muchos siglos después de aquél, y muchos siglos también antes del *Cristianismo*. Tantos, que la Historia, ni aun por fórmula, se ha atrevido a extenderle la certificación de nacimiento.

Cuenta la tradición indiana que un rey del país de *Kosola (Abad)*, y descendiente de la ilustre familia *Chatrias*, tuvo un hijo a quien dió el nombre de *Budda*. Este príncipe renunció al mundo a los veinte años de edad y entró en un monasterio (ya había oruga social!), en el que era conocido por *el ermitaño Sakia*, nombre que se aplicaba a su familia. Tenía dos cuerpos: uno mortal y otro inmortal.

"Nació *Budda* durante el equinoccio de invierno, esto es, el 25 de la estrella de *Chu tang*, de una virgen immaculada, joven y hermosa, de regia estirpe, y en época en que todo el mundo estaba en paz.

Nació sin ofender la virginidad materna. Y de repente, una luz brillantísima se esparció por el mundo. Y los genios celestes, con suaves cantos, anunciaron que había nacido el *Reparador* de la Humanidad.

Algunos reyes le adoraron y fué presentado en el templo, donde un anciano sacerdote lo tomó en sus brazos y predijo llorando sus futuras glorias.

Siendo todavía un niño, dejó asombrados a los doctores con su sabiduría.

Luego se trasladó al desierto, donde hizo penitencia durante seis años. Y en este tiempo aparecieron en su cuerpo las 32 señales de perfecta salud y 80 dotes particulares.

Vuelto otra vez a la soledad, le tienta allí el Demonio, pero triunfa de él.

Salte entonces predicando; elige discípulos, da reglas de vida ascética é instituye remedios para los pecados, a fin de apartar al mundo de la senda de perdición.

Y es perseguido y preso por los enemigos de su doctrina, quienes lo llevan al patíbulo. Y, al espirar, tiembla la Tierra y se oscurece el Cielo.

El fraile agustino *De Tiorji*, enviado a la India como misionero, quedó estupefacto al observar la semejanza que existía entre el *Buddismo* y el *Cristianismo*, y así lo consignó en su obra titulada *Alphafetum Thibetanum*, impresa en Roma en 1761 por la *Congregación de Propaganda*.

¡Oh, los sabios doctores de la Iglesia Católica, que han necesitado nada menos que 18 siglos para conocer y comparar

el *Bramismo* y el *Buddismo* con el *Cristianismo*!

Y eso que el país donde nació la cuna de *Jesús* es colindante del que nació la de *Budda* y de *Brama*.

Es verdad que los representantes de *Jesús* cuidaron todos de morar lejos, muy lejos de donde nació y murió su *Maestro*, temiendo, sin duda, ser como aquél crucificado. Aunque lo serían con más justicia, dicho sea sin ofender sus virtudes. Por ejemplo, el rapto de la señorita *Ubao* y el de la mahometana *Fátima*.

Y a propósito:

¿Por qué la doctrina de *Jesús* se apellida *Cristiana* en vez de *Jesuita*, que es el derivado que *razionalmente* le corresponde? ¿Podría saberse el por qué?

Budda, según sus creyentes, llegó a ser, por su sabiduría, rey del Universo, y subió al cielo de *Brama* y fué *Brama*. Y durará su vida dos generaciones del mundo. O sean 2,680.000.000 de años.

"Al paso que era Dios en el Cielo—continúa su sacra historia—era también rey en la Tierra. (¿Se fundarán en esto los neos para sostener los derechos dualistas de Papa y Rey?)

Pero apesar de tanta grandeza y tanta felicidad, decidió hacerse hombre y bajó a la Tierra y encarnó en una virgen, y nació, padeció y murió para salvar a la Humanidad.

En una ocasión maldijo *Budda* (sin que se sepa por qué) a 99 mujeres (siempre las mujeres), que inmediatamente se encorbaron hasta apoyar la cara en las propias rodillas.

Otra vez encuentra en el camino a un *Brama* (un fraile); éste, que es uno de sus enemigos y espía del rey que le persigue, le pide limosna, y no llevando *Budda* un céntimo sobre sí, se deja prender y atar y entregar al rey por el fraile para que éste pueda comer con el premio de su propia captura.

Otras veces daba de limosna los ojos, los brazos ó las piernas, a quienes lo habían de menester. En una ocasión se le presentó un tigre rabiando de hambre y se dejó despedazar por la fiera."

Budda proclamó un sólo Dios y la igualdad de todos los hombres ante él.

Dios, transformado en religioso, se presentó a *Budda* y le reveló los diez pecados capitales, que son:

Matar, hurtar, adulterar, mentir, embriagarse, reñir, odiar, hablar por hablar, envidia é idolatría. (Adorar imágenes.)

Budda recomienda especialmente la limosna, y dice:

"Si esos seres, ó monjes (ya entonces había frailes!), conociesen el fruto de la limosna como lo conozco yo (ya eran avaros) se reducirían al último pedazo de pan y aun éste lo partirían con el necesitado. Pero como no lo conocen, se engendra en ellos el egoísmo, comen con espíritu personal y nada distribuyen de lo que acaparan y el amor propio ofusca su espíritu."

¡Muy bien! Con que, ¿qué diría *Budda* si se diese una vueltecita por España y viese a nuestros frailecitos y a nuestras frailecitas? Pero continuemos la narración:

"En un opulento país reinaba *Kanakabana*, monarca justísimo. Anunció Dios, por medio de una estrella, que en doce años no llovería. El justo rey, acorajado, acaparó todos los cereales y frutos para irlos repartiendo entre sus súbditos en el largo período que no había de llover. Pero al empezar el duodécimo año todo había concluido y la gente moría de hambre. El mismo monarca sólo tenía ración para un día.

Quiso *Budda* probar la caridad del rey y en forma de sacerdote le pidió limosna. *Kanakabana*, después de deplorar la miseria de sus súbditos, acabó por verter en la taza de su peticionario su último alimento.

El pordiosero sacerdote, como un cuervo, levantó el vuelo, con asombro de todos, y seguidamente empezó una copiosa lluvia de manjares de todas clases: Trigo, pan, leche, azúcar, manteca, arroz, huevos, algodón, telas, oro, plata, esmeraldas.... Todo, en fin, cuanto puede apete-

cer la Humanidad. El Maná, en una palabra.

Entre los creyentes de *Budda*—dice un historiador—es raro encontrar un avaro. (¡Lo mismo, lo mismo que entre nuestros católicos: ni un avaro para un remedio!)

Predicaba un día *Budda* y decía a sus discípulos:

"Un hijo que llevase cien años sobre sus hombros a su madre, ó que la procurase toda clase de goces a costa de fatigas, no habría hecho nada por ella; porque ella le llevó en su vientre, le alimentó con su leche y le educó con su palabra."

En los países *buddistas* hay cómodos y hasta elegantes edificios, construídos por la piedad, para dar hospedaje y comida, gratis, a los caminantes, con especialidad a los extranjeros. (Igual que en España).

La caridad para con los animales es superior, en muchos casos, a la de las personas.

¿Qué diría *Budda* si viese nuestras católicas corridas de toros y nuestras riñas de gallos?

¿Qué diría si viese el celo de nuestras católicas autoridades, castigando la blasfemia en nuestros carreteros y arrieros, y jamás el mal trató a los animales, aunque caigan muertos en la calle?

Y, sobre todo, ¿qué diría si hubiese presenciado un auto de fé de nuestra Santa Inquisición ó los fusilamientos por nuestro general católico en Filipinas?

¿Y si hubiese oído la frase tan enérgica, como católica, de: ¡Piérdanse las colonias y sálvese mi alma!?

MERCURIO.

La Tierra y Madrid, 1903.

Alma española

Cuando vemos que los periódicos italianos no hablaban más que del bandido *Musolino* nos reíamos y comentábamos con extrañeza la candidez de aquellas gentes que se enorgullecían con la bravura y hazañas de su saltador de caminos. Se nos había olvidado que todas las locuras meridionales tienen en España el centro más adecuado, y muchas veces ella ha sido el foco corruptor que ha falseado las expansiones del espíritu de muchos pueblos latinos.

No tenemos que envidiar a ningún país epopeyas de bandolerismo; Sierra Morena se eleva mil codos sobre los montes de Calabria, y los *Musulinos* se cuentan en nuestros anales por centenares. ¿Qué fué lo más típico y digno de mención que vieron los extranjeros que antiguamente visitaron España? Pues el sombrero calañés, la manta jerezana y el trabuco naranjero del saltador que en caminos y carreteras desbalijaba a los viajeros y a las diligencias. Dos literatos de allende el Pirineo que tiempos atrás nos estudiaron, ¿qué cosas de nosotros dejaron consignadas en sus libros? Pues las proezas de los *Juanillones*, *Niños de Ecija* y *Panchampía*. Hablar de España era describir un inmenso y raptoso hormiguero donde todo el mundo iba a caza de lo ajeno y donde la profesión de bandido y bandolero era un timbre de honor y gloria.

Si en el teatro ó literatura extranjeros sale alguna vez a relucir un tipo español, podéis estar bien seguros que mora en la cueva de un monte, que acudilla huestes de ladrones y que despoja a los pasajeros en caminos y encrucijadas. Y este modo de juzgarnos no lo ha atenuado el contacto más íntimo que ahora tiene España con los demás países; no nos conciben ni comprenden sino saltando carreteras.

Verdad es que nosotros les hemos dado y les damos la base para que así nos juzguen. Toda nuestra literatura clásica está sembrada de picaros y truhanes, y los Rinconetes y Cortadillos son los únicos tipos que nos recrean y solazan; el bandido era en tiempos pasados un ídolo para nosotros; sus hechos más vulgares los ennoblecía la leyenda y su aureola subía tanto que aparecía a los ojos de la muchedumbre como un semidios. Por eso nadie los delataba, todo el mundo les favorecía y el estar en trato y acuerdo con ellos era honra de las más preciadas. Se comunicaba con ellos la nobleza, el clero, la burguesía, y el pueblo los veía pasar con la boca abierta.

Según la tradición, todos ellos eran nobles, generosos, no hacían más daño que el necesario, cultivaban la abnegación y el sacrificio y solo se manchaban con sangre humana... cuando querían.

El vulgo los concebía como héroes y el alma española como héroes los trató, y como heroicidades nos legaron sus crímenes y robos.

¿Hemos cambiado ya? ¿Se ha educado el más recto criterio el alma española?

No; seguimos igual y quizás peor. No pudiendo ya divozionar al bandido de la Sierra, no viéndolo ya Caldeiro ni Candelas, hemos renunciado a *Mamed Casanova* y se nos cae la baba ante el chulo que *moja*, el señorito que disipa y la hembra que abofetea y envenena.

Ahora, como antes, las gentes se agolpan ante los ciegos que rantan romances de ladrones y bandidos, y los ojos se encienden y el corazón se oprime cuando llega la hora de que el criminal sube al patíbulo.

Mamed Casanova ha vuelto a remover los atavismos del alma española, los ecos de las leyendas pasadas, la admiración por el bandolero Errante por los campos, todo el mundo le protege, oculta y mima; cuando la traición de un cura le hace caer en manos de la guardia civil, toda la comarca se conmueve. Preso en la cárcel, le llueven regalos, dinero, cartas de enamoradas y hasta flores.

El se evade de sombríos calabozos, corta los grillos como cristal y rompe cerrojos y cadenas. La población penal le aplaude y venera como a rey y el director de una cárcel pacta con él condiciones serviles y humillantes. Hasta el ministro de Justicia tiene que danzar por *Mamed Casanova*. Se le remite al castillo de San Antón, en la Coruña, y allí el jefe de la fortaleza ve con asombro que *Casanova* se viste, desnuda y muda de ropa con los grillos puestos y bien apretados.

Este detalle electriza a la muchedumbre y ve un poder sobrenatural que favorece a *Casanova*. Hay que trasladarlo al penal de Santiaña y se pone el tren en lugar oculto, y sin embargo, millares de personas corren a verle y saludarle. Le meten dinero en el bolsillo; las mujeres lloran de emoción y de entusiasmo.

Bien; esas gentes siguen la línea recta, no han apostado del pasado, llevan dentro de su pecho la verdadera alma española. Con un pueblo así se puede ir a todas partes... menos a la cultura y al progreso.

Llorad, españoles, por los bandidos y besadles y abrazadles; es lo único que nos queda genuinamente español. Si *Mamed* muere por parte por el eje. ¿Con quién desahogaría sus expansiones el alma española de verdad?

Es inútil que el siglo XX avance entre nosotros; el alma española necesita tres cosas para vivir: chulas con la navaja en la liga, frailes en todas las calles y bandidos y ladrones en todos los caminos.

Y si esto nos falta, escribamos: *Finis Hispaniae*.

ERASMO.

Chismografía teatral

Autores numerados.—Puestos que se litigan.—¿Habrá pleitos ó gritas?—Obra de presentación.—Para todos los gustos.

—¡El 4 es mío!—oímos gritar a un conocido médico y autor dramático, ya gritado hace años.—El 4 es mío y no permito que nadie me usurpe ese puesto—siguió diciendo, algo nervioso, el Galeno ante un grupo de amigos.

—¿El 4? ¿Qué será eso del 4?..

—¡Ah! Pero ustedes lo ignoran?—exclamó un amigo.—El 4 es un puesto que litigan dos escritores de los que tienen presentadas obras en el Duque. Son tantas las llevadas a la Empresa, que D. Antonio ha ordenado la numeración de los autores para ir dándolos a luz por riguroso turno de antigüedad. El número 4 es de los que se litigan con menos empeño y, sin embargo, ya han visto lo nervioso que se halla el médico. Le preocupa el 4 más que sus enfermos.

Al número 1 hay tres que se creen con derecho. Guerra y Mota está disgustadísimo con el 9. Acerca de esta preterición a sus merecimientos de autor, aplaudido en todos los teatros de España, lleva dadas siete conferencias en la puerta del Casino militar.

Tampoco está conforme con el 15 el señor Delgado (D. José). A él le agrada otro más delantero.

También protestan de su numeración los Sres. Montoto y Escobar. Omedo está cariacontecido con su número. Cree que no le llegará el turno en toda la temporada.

Pero el que mayor indignación muestra es D. F. Fernández y Ruiz.—"¡Yo el 100!—dice con tono airado—¡yo el 100!